

No sabiendo el duque de Otranto ó no osando plantear la cuestion como debia ser planteada se hallaba en el mayor apuro, cuando recibió un imprevisto socorro del hombre que de cotidiano estaba á punto de lanzarle el epíteto de traidor en rostro, de Carnot en suma. Este excelente ciudadano se apeaba del caballo, todo cubierto de polvo, tras de recorrer los alrededores de París y de practicar un reconocimiento general como ingeniero, y declaró que en su concepto no se podia arrostrar un ataque de los ejércitos aliados, sin exponer á la ciudad y al vecindario de París al más horroroso desastre. Sobre la orilla derecha del rio no eran las obras tales que se las pudiera abandonar á su sola fuerza, para llevar á la orilla izquierda á todas las tropas. Sobre la orilla izquierda eran las obras absolutamente nulas, y alejandose de la ciudad sus guardadores, se podia recelar que al golpe cayera en manos del enemigo. Ahora bien, para desalojar de las alturas de Meudon á los prusianos, se necesitaba maniobrar y dejar á Montrouge y á Vaugirard al descubierto, y comprometer la seguridad de París de este modo. Por otra parte no era exacto que los ejércitos inglés y prusiano se hallasen en la imposibilidad de darse ayuda. Tanto la estacion como lo bajo de las aguas hacian casi vadeable el Sena por muchos sitios; hacia Chatou y Argenteuil se aplicaban á comunicarse entre sí los ejércitos aliados, y en lo posible cabia que á la orilla izquierda se necesitara combatir á la mitad del ejército inglés y á todo el prusiano; es decir á ochenta mil hombres, con cincuenta ó sesenta mil á lo sumo. De consiguiénte las probabilidades se resentian de dudosas, y de dudosas en mayor grado que al parecer creia

el mariscal Davout, general en gefe; y Carnot, nada sospechoso, pues su cabeza no estaria segura al volver de nuevo los Borbones, no se atrevia á aconsejar que bajo los muros de París se diera una batalla desesperada.

Naturalmente la opinion de un patriota y oficial de ingenieros como Carnot produjo y debia producir grande efecto sobre los presentes. El mariscal Soult apoyó el dictámen de Carnot, y dijo que despues de examinar las obras de la orilla derecha del Sena, no las hallaba tranquilizadoras del todo; que lejos de ofrecer el canal de San Dionisio un obstáculo insuperable á los asaltadores, detrás nada habia prevenido para oponer una segunda resistencia, y que los enemigos que forzaran el paso del canal muy bien podian entrar por los arrabales de París revueltos con los soldados franceses rechazados, mientras se peleara á la orilla izquierda con mejor ó peor fortuna.

Sin embargo, este dictámen fué combatido por el mariscal Lefebvre, antiguo revolucionario poco idóneo para producir desaliento ó la vuelta de los Borbones. En su concepto breves dias bastaban para completar las obras de la orilla derecha del rio, de forma de hacerlas invencibles, para comenzar las de la orilla izquierda, de forma de darles una fuerza relativa y que permitiera alejarse de allí durante algunas horas; en París quedaban por armar no pocos brazos, bastantes para que se pudiesen presentar fuera setenta mil hombres de tropas activas, con las cuales casi habia seguridad de ganar una batalla, y ganada una batalla mudaria el semblante de las cosas.

Esta manera de ver era muy sostenible; pero ni

Mr. Fouché ni otro alguno llevaba la cuestión más lejos, esto es, no abarcaba el conjunto de la situación de modo de patentizar que un triunfo junto á París no resolvía nada, y dejaba poco mejoradas las cosas, ó empeoradas acaso. Manteniéndose técnica la cuestión de este modo, y limitándose á la mayor ó menor probabilidad de un triunfo bajo los muros de París, los militares parecían los solos competentes. Allí los personajes del orden civil eran más numerosos, y hallando en el sesgo que había tomado el debate un medio de eludir la responsabilidad de lo que fuese resuelto, no dijeron sino que, siendo militar la cuestión del todo, su resolución incumbía no más que á militares, y por tanto convenia someterla á un consejo especial y compuesto exclusivamente de hombres del oficio.

Inmediatamente fué adoptado este consejo muy cómodo para la mayor parte de los asistentes, y se determinó convocar para aquella misma noche un consejo de guerra, y formado por generales que fallaran sobre la materia. Esto equivalía á eludir y no á zanjar la dificultad de ningun modo, pues remitiéndola á los militares, aun cuando estos declararan la defensa de París como posible, siempre quedaba por examinar si operada la defensa de París con buen suceso, se hallaría verdaderamente resuelta la cuestión de resistencia á Europa.

Mr. Fouché, que pudiera hacer que se determinara de seguida esta cuestión tremenda, sin más que plantearla francamente, se ingenió de nuevo para conseguir el doble designio de promover la solución que deseaba en el fondo, y de hacer que la responsabilidad pesara sobre los militares. De

consiguiente extendió por escrito las preguntas dirigidas al consejo de guerra, y de modo de forzar, por decirlo así, la respuesta á cada una de ellas. Estas preguntas fueron las siguientes: ¿Cuál es la situación de París bajo el aspecto de las obras de fortificación y de su armamento y de las municiones? ¿Se puede resistir en el caso de un ataque simultáneo sobre las dos márgenes del Sena? ¿Se puede responder en el caso de un desastre de sus consecuencias para la ciudad y para su vecindario? ¿Cuánto se podía prolongar la resistencia en todo caso?

Mientras por la noche se juntaba el consejo de guerra en la Villette, se supo la noticia de un brillante combate dado aquella mañana en Versailles por la caballería francesa á la caballería prusiana. Avisado por el general Grenier, que acababa de inspeccionar las posiciones francesas, de que la caballería prusiana se había trasladado á Versailles, el mariscal Davout dispuso que el general Exelmans fuera á su encuentro y la rechazara vigoroso. Figurando entre los más decididos á pelear hasta la última hora, el general Exelmans apresuróse á ejecutar la orden recibida, corriendo sobre el enemigo. Al general Piré puso de emboscada en Roquencourt con los regimientos 44.º de línea y 1.º y 6.º de cazadores y á la cabeza de los dragones marchó personalmente por Velizy sobre Versailles. De dos regimientos de húsares de Brandeburgo y de Pomerania se componía la caballería enemiga, á las órdenes del coronel de Sohr y en número de unos mil quinientos jinetes. Habiéndolos descubierto el general Exelmans delante de Versailles, los cargó de muerte con los regimientos 5.º y 15.º

de dragones, mientras que el bizarro coronel Briquerville con el 6.º de húsares y el 20.º de dragones los cogía de flanco. Empujados vivamente sobre Roquencourt y recibidos por el fuego del regimiento 14.º de línea y por las cargas de los regimientos 4.º y 6.º de cazadores, desordenados quedaron los húsares y destruidos por completo. Apenas pudieron algunos fugitivos llevar al cuartel general prusiano la noticia de su desventura. Entonces la infantería prusiana establecida en San German emprendió la marcha, aunque tarde, para acudir en socorro de su caballería.

Este brillante hecho de armas, el último después de veinte y dos años de sangrientas luchas, un leve consuelo era para las desdichas de los franceses, bien que sin alterar nada el fondo de las cosas. En situación expedita del todo hallóse el consejo de guerra convocado aquella noche en la Villette, de resultas del modo con que la cuestión se hallaba planteada, reduciéndola á un número de puntos determinados, sobre los cuales había que explicarse exclusivamente. Con efecto, acerca de estos puntos las respuestas no podían menos de estar en armonía con los deseos del duque de Otranto.

Respecto de las obras de fortificación de París el consejo dió por suficientes y bien armadas las de la orilla derecha, y las de la orilla izquierda por nulas. Además reconoció que las municiones eran abundantes. Poco probable, aunque imposible de sostener si era simultáneo, juzgó un ataque doble y ejecutado sobre las dos márgenes del Sena por los ejércitos inglés y prusiano. Mucho había que decir sobre este punto, por la probabilidad de que

el ataque sobre la orilla derecha no fuese más que accesorio, y el principal fuera sobre la orilla izquierda. No dejando en tal caso á la orilla derecha sino la menor parte de las fuerzas de los franceses, sesenta mil hombres sobre la orilla izquierda harían cara á todo, y á lo menos contendrían al enemigo, sino alcanzaban á batirle de lleno. Así la respuesta sobre este punto era muy cuestionable. Acerca de las resultas para el vecindario de un ataque á viva fuerza no rechazado victoriosamente, el consejo de guerra dijo con razón sobrada que ningun general podía responder de las consecuencias de una batalla perdida. Finalmente, en cuanto á la duración de la resistencia que sería posible oponer al enemigo, el consejo declaró que aún era más difícil explicarse de una manera satisfactoria, porque no se podía prever absolutamente.

Nada de esto resolvía la cuestión verdadera consistente en averiguar si, haciendo sufrir delante de París un sangriento descalabro á los prusianos y á los ingleses, mejoraría lo bastante la posición de los franceses respecto de los rusos, de los austriacos y de los alemanes, para no arrepentirse de haber empeñado la batalla. Pero interrogado el consejo acerca de puntos determinados, les dió las convenientes respuestas, y menos una, todas verdaderas de plano. Por lo demás al sutil presidente del gobierno provisional le bastaban tales respuestas. Ya que los hombres competentes declaraban que sobre la orilla izquierda del río se hallaba París completamente al descubierto; que si el ataque sobre las dos orillas era simultáneo no podía ser repelido; que eran imposibles de

prever así las consecuencias para el vecindario, y que en todos los casos no sería más que muy pasajera la duración de la resistencia, necesariamente la deducción estaba al común alcance. No quedaba más arbitrio que el de venir a tratos. Carnot, verdadero adversario en el seno del gobierno provisional de Mr. Fouché, no tenía derecho para impugnar deducción semejante, puesto que contra el mariscal Davout había sostenido el dictamen de ser la resistencia imposible. Grenier habíale apoyado: Quinette no era militar, y Mr. de Caulaincourt, quinto miembro de la comisión ejecutiva, pensaba que, segregado Napoleón, ya no quedaba otro arbitrio que recibir á los Borbones bajo las condiciones menos malas. Habiendo logrado Mr. Fouché su deseo de cargar principalmente sobre los militares la responsabilidad de la solución de las dificultades, declaró no quedar más recurso que el de anudar la negociación del armisticio. Independientemente de las nuevas instrucciones que se debían enviar á los comisionados, que desde el cuartel general las habían pedido por escrito, fácil era entenderse directamente con Blücher, puesto que se le tenía á la orilla izquierda del Sena. Un parlamentario despachado á las avanzadas, entre Vaugirard é Issy, podía dar margen á una transacción del modo más natural y conforme á los usos de la guerra. En proceder de tal modo había la ventaja de halagar á Blücher, de quien se sabía que estaba celoso del duque de Wellington, y como sobre la templanza de éste no se abrigaba ninguna duda, pues siempre estaba dispuesto á propender al parecer más razonable, con halagar al general prusiano, el menos tratable de

los dos caudillos, por medio de un trámite militar sumamente motivado, se observaba una conducta bien entendida, y que en la situación actual no era más humillante que cualquiera otra. Pero antes de despachar un parlamentario á las avanzadas prusianas, siempre aficionado á las comunicaciones clandestinas Mr. Fouché quiso volver á enviar al coronel Macirone cerca del duque de Wellington, y al general Tromelin cerca del mariscal Blücher, para conocer confidencialmente y á punto fijo las condiciones bajo las cuales sería posible obtener una suspensión de armas. Por medio de este nuevo paso deseaba además saber si definitivamente había que resignarse á los Borbones, y disponerlos en tal caso á otorgar las condiciones necesarias para hacer ménos difícil su restablecimiento. Asimismo aconsejaba al duque de Wellington, por ser el único de los dos caudillos enemigos capaz de comprender estas condiciones políticas, que no se diera prisa para entrar en París; que diera tiempo á que se calmasen las pasiones; que guardara contemplaciones al ejército y le conservara la bandera tricolor sobre todo; que también diera á las Cámaras ciertas satisfacciones; que las concediera la iniciativa, y mantuviera á las dos en el ejercicio de sus funciones; y finalmente que proclamara el completo olvido sobre todo lo pasado antes y después del 20 de marzo. Con estos miramientos decía monsieur Fouché que se vencerían las dificultades de entonces, y se tendría por instrumento del llamamiento de los Borbones hasta á los que al parecer se oponían más á tal desenlace. Por el coronel Macirone se debían transmitir al duque de Wellington estas comunicaciones. Mr. Tromelin no había

de entrar con el mariscal Blucher en tantos detalles, pues su comision reducíase á saber á punto fijo bajo que condiciones se podria tratar con este implacable prusiano.

Cuando el consejo de guerra tomó la decision ya referida era el 4.º de julio por la noche, y el gobierno provisional abrazó su partido el 2 de julio por la mañana. Ambos enviados, Mres. de Macirone y de Tromelin, se pusieron por la tarde en camino, hácia Gonesse el primero, y hácia Saint-Cloud el segundo. Detenido fué el coronel Macirone en las avanzadas inglesas, sin que se le dejara partir hasta el dia siguiente. Por su parte el general Tromelin consiguió cruzar las avanzadas prusianas, y fué introducido á presencia del mariscal Blucher, el cual vió con grande satisfaccion que al fin se pensaba en tratar con su persona. Desde que el general prusiano avaloró la dificultad de su situacion á la orilla izquierda del Sena, donde aun no estaban los ingleses en aptitud de darle apoyo, nada anhelaba mas que venir á tratos, y resolver la cuestion por sí mismo, quitando así á los bávaros, á los austriacos y á los rusos, ya cercanos, toda participacion en la gloria de esta campaña. Decorosamente recibió al general Tromelin, si bien expresó la voluntad muy deliberada de que de París se le hiciese entrega. Bajo el aspecto político afirmaba que nada se habia estipulado, sibien dando á entender lo que harian los coaligados así que fueran señores de la capital de Francia. Para que en la mente del general Tromelin no quedara la mas leve duda acerca de las intenciones de las potencias, el mariscal Blucher le enseñó la carta de Mres. de Nesselrode y de Metternich del 26 de ju-

nio, de la cual ya el duque de Wellington habia dicho algo á los comisionados franceses, y hasta se la dió á leer toda. Terminante era su contenido, y prescribia á los dos generales aliados que hasta hallarse dentro de París no suspendieran sus operaciones, ni reconocieran á ninguna de las autoridades establecidas despues del 20 de marzo, y que trataran de apoderarse de la persona de Napoleon. Verdad es que esta carta no mentaba á los Borbones, y aun quedaba la libertad de forjarse ilusiones, y de esperar que los rusos y los austriacos no los sostuvieran con tanto empeño como los ingleses; pero era indisputable la voluntad de entrar en París y de no reconocer las autoridades existentes. Despues de estas comunicaciones preliminares, el general Tromelin se despidió del mariscal Blucher y de las noticias adquiridas fué á dar cuenta al duque de Otranto. Nada se sabia del enviado Macirone, porque no habia podido llegar á presencia del duque de Wellington hasta ahora.

Ya el instante de decidirse era llegado, porque los ejércitos estaban á la vista sobre las dos márgenes del Sena. Cruzado estaba ya el rio por todos los prusianos, situados ya sobre las alturas de Sevres y de Meudon, con su izquierda hácia Saint-Cloud, y su derecha á la espalda hácia el riachuelo llamado Bievre. Los ingleses habianse ocupado en echar en Argenteuil un puente, y se aproximaban á Saint-Cloud por Courbevoie y Suresnes, á fin de apoyar á Blucher con parte de sus fuerzas. El grueso de su ejército se hallaba en la llanura de San Dionisio.

Por su parte el mariscal Davout habia tomado posicion como hombre de guerra muy experimen-

lado. Tras de terminar el aumento de las obras de fortificacion de la orilla derecha, allí situó á los tiradores de la guardia nacional parisiense, á los depósitos y á una parte de las tropas de Waterloo; sobre la orilla izquierda estableció el grueso de estas tropas, así como todo el cuerpo de Vandamme. Segun ya hemos dicho, la Guardia imperial estaba de reserva en el Campo de Marte, con numerosos puentes sobre el Sena, para trasladarse en caso de necesidad á una ú otra orilla. Una formidable artilleria de grueso calibre apuntada sobre las alturas de Anteuil estaba en disposicion de barrer la llanura de Grenelle, disparando por encima del rio. A eso de las cuatro de la mañana del dia 3 de julio practicó un fuerte reconocimiento hacia Issy, punto ocupado por los prusianos, y despues de empujarlos vivamente, allí hizo alto, para no empeñarse formalmente hasta recibir órdenes de dar batalla. Pero sobre todos los puntos estaba en aptitud de batirse á muerte, en el caso de que fueran intolerables las exigencias del enemigo. A colmo llegaba la exaltacion de los soldados, y á voces pedian la batalla. Ochenta mil eran entre todos, y así tenían muchas probabilidades de triunfo, por tenérselas que haber con ciento veinte mil contrarios divididos á las dos márgenes del Sena. Briosamente palpitaba el viejo corazón de Davout al oír sus gritos, y tentado se hallaba á comprender la lucha, para vencer ó morir á vista de la capital; pero aguardaba las últimas órdenes de la comision ejecutiva, no llegando su temeridad al extremo de decidir de la suerte de Francia sin la voluntad del mismo gobierno.

Despues de hallarse el general Tromelin de

vuelta, la comision ejecutiva adoptó el partido de enviar á las avanzadas prusianas tres plenipotenciarios, que fueron Mr. Bignon, ministro interino de Negocios Extranjeros, el general Guilleminot, gefe de estado mayor del mariscal Davout, y Mr. de Bondy, prefecto del Sena. Así los intereses de la política, del ejército y de la capital, se hallaban representados en esta legacion á un mismo tiempo. A Mr. de Caulaincourt se habia encargado preparar tres proyectos de ajuste, que los negociadores franceses tenían autorizacion para proponer sucesivamente, replegándose de uno en otro.

Segun estos proyectos debian ser inviolables las personas, así por sus actos como por sus opiniones, las propiedades públicas ó privadas, los objetos de arte y los museos; mantenidas y respetadas habian de ser las autoridades existentes. Sobre la ocupacion de París y sobre su forma versaba la variacion de los tres proyectos indicados. A tenor del primero, se declararia neutral á París, de su recinto saldria el ejército francés y se mantendria á cierta distancia, igual á la que eligiera para sí el ejército enemigo. A tenor del segundo todo se acomodaria al primero, no siendo ocupada la ciudad de París hasta que se recibiesen noticias de los negociadores enviados cerca de los soberanos. (Aun no se sabia nada de estos primeros negociadores, y se acariciaba la idea de que habrian obtenido algo del emperador Alejandro). Finalmente, en el último extremo, París seria cedida, el ejército francés se retiraria detrás del Loira, dentro de un plazo que se fijaria lo mas ventajosamente que fuera posible, y el servicio de París se confiaria á la guardia nacional, que mantendria el orden por sí

sola y haria que se respetase á las autoridades existentes.

Con trémula mano firmaron Carnot y Grenier estas condiciones, por sentir su alma transida de pena. Consternado mostróse hasta Mr. Fouché, que atento ante todo á salvar su persona, tambien hubiera querido salvar su pais del comun desastre. Sin embargo, estampó su firma, y á los negociadores encomendó que pasaran por el cuartel general del mariscal Davout para tomar sus últimas instrucciones, y no le abandonaran hasta que el mariscal reconociera definitivamente que no habia mejor cosa que hacer en las actuales circunstancias.

Mrs. Bignon, Guillemint y de Bondy partieron de consiguiente, y se encaminaron al cuartel general de Montrouge. Allí la emocion era extraordinaria, y en torno del mariscal Davout todo era agitacion y amenazas y clamar contra la traicion á voz en grito. Sobre su semblante habitualmente impasible, se retrataba la pesadumbre, y lo singular era que este inflexible mariscal no imponia el silencio que tenia costumbre de exigir en rededor suyo. Los generales Flahault y Exelmans expresaban que mas valia morir bajo los muros de la capital que ir á capitular al campo de los aliados. Ante espectáculo semejante los negociadores vacilaban en cruzar por medio de las avanzadas. Drouot, el hombre mejor de aquel tiempo, viéndose interrogado por Mr. Bignon, le respondió que era cruel no poder morir como soldado sobre la llanura que se dilatava delante de los ojos, si bien como ciudadano debia reconocer que lo mas prudente era venir á tratos. Estas palabras del hombre de bien,

consolaron algo á los tres negociadores de haber admitido una comision tan dolorosa. Cediendo á un movimiento involuntario, Davout pidió á los negociadores que aguardaran algunos instantes, y al galope salió seguido por muchos oficiales para dirigir la última ojeada sobre la posicion del enemigo. De vuelta estuvo al cabo de un breve reconocimiento. Por fin le habian hablado esas voces secretas, que influyen sobre los hombres en las circunstancias solemnes, y le habian dicho que ahora al ciudadano se debia oír mejor que al soldado.— Ya he enviado un parlamentario, dijo á Mr. Bignon, con que podeis partir de seguida.—

Con efecto, partieron los tres negociadores y se encaminaron á las avanzadas prusianas. Al pronto sufrieron algunos malos tratamientos del general Ziethen, si bien muy luego fueron admitidos y llevados al palacio de Saint-Cloud, donde el mariscal Blucher tenia establecido su cuartel general por entonces.

Siendo áspero y todo, lisongeado ahora de tener en su cuartel general á los plenipotenciarios franceses, y de no ser considerado solamente como segundo del duque de Wellington cual siempre, Blucher recibió perfectamente á los tres enviados, y les hizo ver la imposibilidad de que ninguno de los dos caudillos se satisficiera con menos que la entrega de Paris y el alejamiento de las tropas francesas. Posible era la discusion acerca de los demás puntos, pero sobre estos dos no cabia la réplica mas leve. Apenas se habian cruzado las primeras palabras, enterado por los prusianos de la apertura de estos parlamentos, se presentó el duque de Wellington en persona, y ya la conferen-

cia fué del todo formal y precisa y limitada á los puntos esenciales. Dos condiciones fundamentales fueron la retirada del ejército francés y la ocupacion de París, sobre las cuales no se admitió discusion alguna. Solo se abrió debate acerca del momento en que la ocupacion de París se debía poner por obra, y acerca del número de dias que habian de emplear en alejarse las tropas francesas, y del punto en que harian alto. No tuvieron inconveniente los dos generales aliados en conceder que, ya dentro de París, no se mezclarian en política para nada, y que solamente la guardia nacional daría el servicio. Ya no disimularon que su objeto esencial se cifraba en el restablecimiento de los Borbones; pero no les convenia confesar que habian ido para tal objeto, y mucho menos consignarlo por escrito, y seguros como estaban de que luego que se hallasen en París por sí misma se consumaria la obra, se contentaron con expresar que la guardia nacional tendria á cargo el mantenimiento del orden establecido. Lo singular era que el duque de Wellington más empeñado en la restauracion de los Borbones, y despues de trabajar más que nadie en este sentido, lo queria aun confesar menos, á causa del parlamento británico, ante el cual se hubiera negado siempre que se abrigara el desigño de un cambio de gobierno en Francia. Relativamente á las personas y á las propiedades, afectando no mezclarse en política para nada, los caudillos inglés y prusiano declararon que estaban dispuestos á respetarlas por sí y á hacer que las respetaran sus tropas.

Tras de estas generalidades, como espíritu siempre positivo, el duque de Wellington dijo que

respecto de convenios en la redaccion estribaba todo, y preguntó á los negociadores franceses si llevaban algun proyecto redactado. Mr. Bignon le entregó el tercero de los que Mr. de Caulaincourt habia prevenido, á causa de no haber discusion acerca de los dos primeros. Entonces el duque de Wellington quiso hablar con el mariscal Blucher á solas, y á la media hora de hablar juntos, se presentó con el proyecto modificado, estando apuntas al margen con lápiz las variaciones introducidas. Despues de un nuevo debate sobre los puntos disputados, se convino en las condiciones siguientes.

Se habia reclamado que la retirada del ejército francés fuera inmediata, y ahora para evacuar á París se le concedieron tres dias, y ocho para situarse detras del Loira, límite definitivamente adoptado.

Al dia siguiente, 4 de julio, se debía hacer entrega de San Dionisio, de Saint-Ouen, de Neuilly, de Clichy; al otro de Montmartre; y al tercero de las barreras todas.

Consigno debía llevar el ejército cuanto era de su pertenencia, armas, artilleria, cajas de regimientos, bagajes. Formando parte de la guardia nacional parisiense, no se debía entender la obligacion de alejarse de la capital con los oficiales de los federados; pero asimilados fueron muy especialmente al ejército por voluntad de los generales enemigos, sobremanera temerosos de su influencia sobre el pueblo.

Regulados estos puntos, se trataba de determinar la conducta que dentro de París observarían los ejércitos extranjeros. Por su parte los negocia-



dores franceses deseaban que el texto fuera en esta forma.... *Los generales en jefe de los ejércitos inglés y prusiano se obligan á respetar y á hacer respetar el gobierno, las autoridades nacionales, las administraciones dependientes de ellas, y á no mezclarse para nada en los asuntos interiores del gobierno y de la administracion de Francia.*

A todas luces no cabia en lo posible obtener una redaccion semejante de los generales enemigos, con sus resoluciones formalmente declaradas, aunque no escritas; y solo aceptaron el texto siguiente, que rayaba en lo ridiculo por su hipocresia.... *Los jefes de los ejércitos inglés y prusiano se obligan á respetar y hacer respetar las autoridades, mientras se hallen existentes.* Además estipulóse que dentro de París solamente la guardia nacional daria el servicio.

Aun faltaba regular dos puntos de grande importancia, el respeto á las propiedades y el respeto á las personas. Los comisionados franceses habian incluido entre las propiedades, que se habian de obligar á respetar los enemigos, así los monumentos públicos como los museos. Llevando los generales aliados á este ajuste más segunda intencion que los militares tienen costumbre de aplicar á sus transacciones, se negaron á las frases propuestas de una manera absoluta. Memoria hacia de que un año antes sus soberanos habian pensado en llevarse de París los objetos de arte, que le daban el carácter de centro de la civilizacion moderna, y que hubieron de renunciar á este designio por no descargar tantos golpes á un mismo tiempo sobre Francia. Ahora negáronse á contraer tal empeño, y admitieron en términos generales el respeto á las

propiedades públicas y privadas, *excepto las que tenían relacion con la guerra.* Bajo la creencia de que se trataba únicamente de la artillería, no se pasó mas adelante. Pocos dias despues se debia comprender cuanto habia de astucia en tales expresiones, insignificantes segun la apariencia.

Finalmente en cuanto á las personas, el artículo 42 relativo á ellas, y que vino á ser famoso por haber dado lugar á que se vertiera nobilísima sangre, adoptado fué tal como lo propusieron los comisionados franceses, y su contenido estaba en la siguiente forma.—«Igualmente serán respetadas las personas y las propiedades particulares. Tanto los vecinos como en general todos los individuos residentes en la capital continuarán en el goce de sus derechos y libertades, sin poder ser molestados ni requeridos en nada relativamente á las funciones que desempeñen ó hayan desempeñado, á sus opiniones políticas y á su conducta.»

Al parecer, artículo semejante debia poner á resguardo á todos, personajes civiles y militares, revolucionarios antiguos y modernos, regicidas que hubieran condenado á Luis XVI y mariscales que hubieran abandonado á Luis XVIII, y nunca se hubiese podido imaginar que diera cabida á las mas odiosas venganzas. Ni una sola objecion alegaron los enemigos, como si estipulacion tal se derivara por si tan naturalmente que no habia lugar á disputas. Inclination se siente á la persuasion de que los dos personajes que por su pais habian acreditado el mas noble patriotismo, el duque de Wellington y el mariscal Blucher procedian con la mejor fé del mundo, y que ninguna reserva mental ocultaba su silencio. Desgraciadamente motivos

dores franceses deseaban que el texto fuera en esta forma... *Los generales en jefe de los ejércitos inglés y prusiano se obligan á respetar y á hacer respetar el gobierno, las autoridades nacionales, las administraciones dependientes de ellas, y á no mezclarse para nada en los asuntos interiores del gobierno y de la administracion de Francia.*

A todas luces no cabia en lo posible obtener una redaccion semejante de los generales enemigos, con sus resoluciones formalmente declaradas, aunque no escritas; y solo aceptaron el texto siguiente, que rayaba en lo ridiculo por su hipocresia... *Los jefes de los ejércitos inglés y prusiano se obligan á respetar y hacer respetar las autoridades, mientras se hallen existentes.* Además estipulóse que dentro de Paris solamente la guardia nacional daria el servicio.

Aun faltaba regular dos puntos de grande importancia, el respeto á las propiedades y el respeto á las personas. Los comisionados franceses habian incluido entre las propiedades, que se habian de obligar á respetar los enemigos, así los monumentos públicos como los museos. Llevando los generales aliados á este ajuste más segunda intencion que los militares tienen costumbre de aplicar á sus transacciones, se negaron á las frases propuestas de una manera absoluta. Memoria hacian de que un año antes sus soberanos habian pensado en llevarse de Paris los objetos de arte, que le daban el carácter de centro de la civilizacion moderna, y que hubieron de renunciar á este designio por no descargar tantos golpes á un mismo tiempo sobre Francia. Ahora negáronse á contraer tal empeño, y admitieron en términos generales el respeto á las

propiedades públicas y privadas, *excepto las que tenían relacion con la guerra.* Bajo la creencia de que se trataba únicamente de la artillería, no se pasó mas adelante. Pocos dias despues se debia comprender cuanto habia de astucia en tales expresiones, insignificantes segun la apariencia.

Finalmente en cuanto á las personas, el artículo 42 relativo á ellas, y que vino á ser famoso por haber dado lugar á que se vertiera nobilísima sangre, adoptado fué tal como lo propusieron los comisionados franceses, y su contenido estaba en la siguiente forma.—«Iguualmente serán respetadas las personas y las propiedades particulares. Tanto los vecinos como en general todos los individuos residentes en la capital continuarán en el goce de sus derechos y libertades, sin poder ser molestados ni requeridos en nada relativamente á las funciones que desempeñen ó hayan desempeñado, á sus opiniones políticas y á su conducta.»

Al parecer, artículo semejante debia poner á resguardo á todos, personajes civiles y militares, revolucionarios antiguos y modernos, regidas que hubieran condenado á Luis XVI y mariscales que hubieran abandonado á Luis XVIII, y nunca se hubiese podido imaginar que diera cabida á las mas odiosas venganzas. Ni una sola objecion alegaron los enemigos, como si estipulacion tal se derivara por sí tan naturalmente que no habia lugar á disputas. Inclinacion se siente á la persuasion de que los dos personajes que por su pais habian acreditado el mas noble patriotismo, el duque de Wellington y el mariscal Blucher procedian con la mejor fé del mundo, y que ninguna reserva mental ocultaba su silencio. Desgraciadamente motivos

hubo luego para sospechar que este silencio no significaba más que el propósito de no entrar en explicaciones. Con efecto, se obligaban por sí como generales de los ejércitos inglés y prusiano á respetar las personas; pero no pretendían imponer la misma obligación al gobierno de Luis XVIII, que luego de restablecido tendría á su exclusivo cargo la administración de justicia en Francia. Imposibilitando hasta el más leve asomo de ambigüedades la menor explicación sobre este punto, verosímilmente dió al traste con todo. Así permanecieron mudos, y este silencio costó á Francia el sacrificio de las más nobles vidas.

Después de hacer cuanto estuvo á su alcance por defender los intereses de su país en una situación desesperada, los tres negociadores abandonaron á Saint-Cloud, y ante el gobierno provisional llegaron al palacio de las Tullerías el 4 de julio por la mañana. Solo había que darles muy expresivas gracias, pues en el estado actual de las cosas, nadie alcanzara á sacar mejor partido. A no correr el riesgo de una batalla, evidentemente había que someterse á las condiciones ya convenidas.

De consiguiente la capitulación quedó aceptada. Por su texto se prestaba á una comedia, que convenía á los generales enemigos, y también á la comisión ejecutiva. Con efecto, al parecer no contenía más que estipulaciones militares, consecuencia forzosa de la posición de los ejércitos contrarios, y libre se dejaba á Francia de darse el gobierno que fuera de su agrado, puesto que el servicio interior de la capital se ponía al exclusivo cargo de la guardia nacional parisiense. Así los generales enemigos aparecían fieles á las solemnes declara-

ciones, por las cuales habían prometido no imponer un gobierno á Francia, y por su parte la comisión ejecutiva semejaba haber puesto la independencia nacional á resguardo, aun cediendo á una necesidad física á todas luces. De este modo apareció que la comisión ejecutiva tomaba la cosa, y bajo tal aspecto presentóla á la Cámara de representantes y á la de pares.

Como los representantes eran los que únicamente daban señales de vida en estas circunstancias, pues los pares permanecían mudos, se habían lamentado del silencio que se guardaba acerca de las negociaciones. Con la necesidad del secreto, siempre de rigor en estas materias, se podía explicar silencio semejante. Al cabo se rompió el 4 de julio por la mañana, dando conocimiento á las Cámaras de los artículos convenidos en Saint-Cloud la noche antecedente. Al equivoco por cuyo medio se había eludido la determinación del gobierno futuro de Francia, se prestaron las Cámaras de buen grado, por convenirles del mismo modo que al gobierno provisional y á los generales enemigos. ¿Y á la verdad cómo desear la claridad en este punto? Decir que lo subentendido en la capitulación estipulada implicaba la facultad de restablecer á los Borbones, no fuera más que anunciar una verdad harto evidente y al alcance de todos, menos de ciertos idiotas, que no ven las cosas hasta que se les anuncian con todas sus letras. Pero desgarrar este cómodo velo después de las solemnes declaraciones hechas contra los Borbones, ya era ponerse en el caso de rechazar la capitulación toda, de derribar al gobierno provisional y de empeñarse en una lucha, cuya imposibilidad se había

ya sentido. No osando acometer una resistencia tan temeraria, y que ya habia perdido con ser deferida las probabilidades de buen suceso, lo mas cómodo para la asamblea era dejar subsistente el velo que cubria su confusion al presente, hasta el dia poco lejano en que fuera de alli expulsada por las bayonetas enemigas. Asi la Cámara de representantes aceptó la capitulacion del 3 de julio tal como le fué presentada, y dió gracias al ejército muy merecidas, pues con su actitud vigorosa habia arrancado las últimas contemplanones guardadas todavia á Francia.

Sin embargo, si placia á todos los poderes prestarse á esta especie de disimulo, no se prestó el ejército de ningun modo, á pesar de rendírsele homenaje. Cuando la capitulacion le fué anunciada, á las claras vió que se le obligaba á abandonar á Paris para cederlo á los enemigos, que á su turno lo cederian á los Borbones, y su exasperacion llegó á lo sumo. Varios soldados abandonaban las filas, tirando sus armas, y se iban á juntar á los federados, que vociferaban por las calles. Otros decian que de la rendicion no se tratara de ningun modo, y que habia que negarse á la obediencia y que despojar del mando á los generales pérfidos ó cobardes. Ya se imputaba la culpa á uno, ya á otro, si bien por todos al duque de Otranto, á quien se llamaba traidor á boca llena, cual si fuera único autor de la situacion presente.

El severo Davout hizo oír la voz del deber al ejército irritado, y con el auxilio de algunos generales, y particularmente del respetable y siempre respetado Drouot, al cabo logró ser escuchado. Despues de mostrar su desesperacion de pronto,

el ejército se puso á desfilar por entre las calles de la capital, que dolorosamente entregaban en manos del enemigo. Algunos cuerpos no habian recibido paga, lo habian perdido todo, y pasaban por el doble sufrimiento de la capitulacion y de la miseria. Habiendo anticipado generosamente monsieur Laffite algunos millones de francos al Tesoro, ya recibieron aliviados cuerpos mas infelices, y emprendieron el camino del Loira. Asi empezose á operar en buen órden la retirada. No queriendo el mariscal Davout permanecer en Paris, sin embargo de que la proposicion suya para admitir á los Borbones sin los extrangeros, le debiera prometer mejor trato que el año precedente, por preferible tuvo cumplir su deber respecto del ejército y del pais hasta el último instante, y presentó su dimision de ministro de la Guerra, para quedar únicamente de general en gefe del ejército llamado del Loira, y que por efecto de su actitud y su disciplina, en medio de los ultrajes de que era blanco, aun hizo respetar á Francia durante muchos meses, y hasta sirvió de apoyo á los Borbones, á quienes no amaba de ningun modo, y por quienes tampoco era amado, si bien habian llegado á ser el gobierno de Francia, y mas de una vez tuvieron que resistir á las intolerables exigencias de vencedores implacables. Dignamente ejerció el mariscal Davout el mando de estas tropas, y habiendo querido los austriacos traspasar el limite señalado hácia el alto Loira, les amenazó con ir en contra suya, y les hizo retroceder en momentos en que seiscientos mil enemigos cubrian el territorio de Francia.

Mientras la capitulacion de Paris se ponía en

planta, ya era forzoso que ante la realidad despareciese la sombra, y que las autoridades procedentes del 20 de marzo cedieran el puesto á los Borbones, que ya estaban cerca. Retenido el coronel Macirone en las avanzadas, no pudo ver al duque de Wellington hasta el 4 de julio por la mañana, en el instante en que éste volvía de Saint-Cloud á Gonesse, despues de quedar la capitulación ya firmada. El duque de Wellington recibió rodeado de Mr. de Talleyrand, representante de Luis XVIII, de sir Carlos Stuart, representante de Inglaterra, del conde Pozzo di Borgo, representante de Rusia, y de Mr. de Goltz, representante de Prusia. Hablando ahora sin ambages, el generalísimo británico dijo al agente del duque de Otranto, que ya era tiempo de acabar con un orden de cosas que se resentiría de ridículo en adelante, y que convenia que el gobierno provisional y las Cámaras hicieran dimision pura y simplemente, despues de lo cual Luis XVIII se trasladaría desde Roye á París, donde entraría con las resoluciones que eran de esperar de su espíritu excelente y de los sanos consejos que se le habían dado. Hechas estas declaraciones, el duque de Wellington dejó la palabra á Mr. de Talleyrand, el cual enunció verbalmente, y despues consignó por escrito las nuevas promesas de Luis XVIII. Véase aquí el resumen de ellas, entregado por el mismo Mr. de Talleyrand. —«Toda la antigua Carta, inclusa la abolición de la confiscación; la no renovación de la ley del año último acerca de la libertad de imprenta; el llamamiento inmediato de los colegios electorales para la formación de una nueva Cámara; la unidad del ministerio; la iniciativa reciproca de las

»leyes, por mensaje de parte del rey, y por proposición de parte de las Cámaras; el derecho hereditario de la Cámara de los pares.»

Mr. de Talleyrand añadió en seguida las mas formales seguridades de una conducta prudente y distinta del todo de la que el año anterior se había observado. Acto continuo tomó el duque de Wellington la palabra, y dijo al intermediario de estos mensajes. —Que el duque de Otranto obre con sinceridad, y con sinceridad obraremos nosotros. Debidamente apreciamos los servicios que ha prestado, y el rey se los tendrá muy en cuenta. Si necesita auxilio se lo vamos á llevar dentro de algunas horas. —Se convino en que al dia siguiente el duque de Wellington y Mr. de Talleyrand esperarían en Neuilly al duque de Otranto, para arreglar en union suya cuanto faltaba por hacer todavía para producir la entrada de Luis XVIII en París sin violencia. Al punto el coronel Macirone salió de Gonesse para ir á comunicar al duque de Otranto el mensaje que se le había confiado. Mal se podía negar este personaje á la entrevista propuesta, cuando en suma conducía al logro de sus deseos, consistentes en atribuirse el mérito de la vuelta de los Borbones, que no podía impedir de ningun modo. No obstante, resolvió enterar á sus colegas de lo que iba á poner por obra, si bien esmerándose en aparecer á sus ojos con los visos de un hombre que aspiraba á salvar los restos del comun naufragio, y á poner condiciones al restablecimiento de Luis XVIII sobre el trono. Nada había que decir en contra, pues resultando evidentemente la restauración de los Borbones de la imposibilidad de prolongar la resistencia, imposibilidad reconocida

por todos los miembros de la comision ejecutiva, no quedaba mas arbitrio que someterse de contado, aunque procurando obtener algunas garantías para las personas y las cosas.

De pronto un incidente vino á crear dificultades imprevistas al duque de Otranto, y fué la llegada de los primeros negociadores, Mrs. de Lafayette, Sebastiani, de Pontecoulant, de Laforest, Argenson y Benjamin Constant. Segun se debe hacer memoria, al salir de Laon estos negociadores se encaminaron adonde se hallaban los soberanos, y les encontraron en Haguenau, sin conseguir que se les admitiese á su presencia. Solo pudieron ver á sus ministros, que prosiguiendo el sistema de disimulo adoptado, de igual modo aparentaron no tener voluntad de imponer un gobierno á Francia. Despedidos los comisionados despues de una corta entrevista, á Paris tornaron llenos de las mismas ilusiones, y persistiendo todavia en creer que los Borbones no eran inevitables. Este error privaba á Mr. Fouché de su principal argumento, la necesidad de soportar á los Borbones, argumento que para avistarse con el duque de Wellington le servia de excusa. Grandes esfuerzos hizo á fin de poner esta necesidad de manifiesto, apoyándose en los numerosos datos que obraban en su poder ya entonces, y además anunció que se ilustraria mas completamente por la noche en el campo de los aliados. Al cabo se le autorizó para ir á la entrevista, si bien Mr. de Lafayette le declaró que todo particular ajuste, cuyo objeto no se cifrara en poner á resguardo los intereses generales, solo seria un acto de traicion que mereceria y llevaria consigo la infamia.

Mr. Fouché no hizo caso de declaracion semejante, y se fué á avistar con el duque de Wellington en Neuilly el 5 de julio por la noche. Además del generalísimo británico encontró allí á sir Carlos Stuart y á Mrs. de Goltz y Pozzo di Borgo. Ante todo quiso el duque de Wellington saber si el ejército francés se habia alejado, si se aprestaban á hacer dimision todas las autoridades actuales, y finalmente si era posible obtener que se entregara la persona de Napoleon á las potencias, condicion en que persistian los aliados con verdadero encarnizamiento. El duque de Otranto respondió que el ejército se retiraba poco á poco, si bien á costa de sumo trabajo; que la poblacion de la capital estaba desesperada; que la misma guardia nacional parisiense, contada por segura, se hallaba muy lejos de quererse prestar á cuanto se esperaba de ella; que por consiguiente se necesitaban grandes precauciones para arrancar una tras otra las dimisiones apetecidas, y para introducir en Paris al monarca. Respecto de la persona de Napoleon contestó que no se podia efectuar la entrega, porque á la sazón ya se habia embarcado con rumbo á los Estados Unidos. Mucho disgusto causó esta declaracion postrera, persistiéndose en ver aqui una picardía del duque de Otranto, reputado como traidor á Napoleon para los bonapartistas, y acusado por los realistas de haberle dado escape. Acto continuo se le preguntó qué entendia por aquellas precauciones, á que al parecer daba tanta importancia. Entonces Mr. Fouché explicóse á las claras, y como hombre mas sensato y mas práctico que los negociadores enviados al duque de Wellington al principio, los cuales no pensaron mas que en recla-

mar para las dos Cámaras la iniciativa, de plano enunció dos condiciones esenciales, la adopción de la bandera tricolor, y una nueva declaración real que amparara sin excepción alguna á todas las personas comprometidas antes, en el acto y después de la revolución del 20 de marzo. A sus ojos, sin estas condiciones, no era posible la entrada en París del monarca, á no emplear la fuerza, cosa en que al parecer no pensaba nadie. Hasta las cuatro de la mañana duró la discusión acerca de este punto y sin resultado, por aspirar el interlocutor principal Mr. de Talleyrand, á eludir con la holgura de un gran señor, lo que Mr. Fouché se obstinaba en exigir con la tenacidad de un hombre del vulgo, si bien positivo. Respecto de las personas se hablaba de la clemencia del monarca, y respecto de los colores nacionales se hacía mención de los diez ó quince departamentos que se habían insurreccionado, ostentando todos los habitantes la escarapela blanca. Mucho insistió el duque de Wellington á fin de que se entendieran al cabo, aunque sin el menor fruto de una parte ni de otra, y como en este debate no hubo tiempo de tratar de intereses individuales, nada se dijo á Mr. Fouché de lo que personalmente le estaba reservado. Así, tanto por lo general como por lo particular, se retiró muy descontento y á los representantes de Europa y de los Borbones dejó tan disgustados de su persona, como disgustado iba de ellos. Sin embargo, el duque de Wellington dióle otra cita para el día siguiente, y separáronse sin quedar acordes, aunque á la par sin haber roto.

De vuelta en París, Mr. Fouché dió cuenta á su modo de lo que en Neuilly había pasado, pero de-

claró todavía más afirmativamente que los Borbones eran inevitables; que sobre este punto no se podía resistir á la voluntad formal de Europa; que personalmente no debía parecer sospechoso, como antiguo revolucionario regicida, cuando se resignaba á necesidad semejante; que ya se reducía la tarea á alcanzar condiciones suficientemente tranquilizadoras, y que bajo este aspecto no había omitido cosa alguna. Se le creyó menos que merecía ahora, pues se le acusaba de traidor por todas partes, y se dió por seguro que no habría pensado más que en sí propio. Sus colegas solamente le opusieron un silencio absoluto, no roto sino por Carnot que soltó algunos lamentos, y formuló algunos cargos, á los cuales tenía Mr. Fouché una respuesta muy obvia, la de preguntarle de plano qué era lo que se debía hacer en su concepto. A la verdad Carnot había juzgado imposible la defensa, y así recibir á los Borbones era forzoso resultado de la impotencia que había proclamado por sí mismo. A mayor abundamiento, comenzando Mr. Fouché á no cuidarse de la opinión de sus colegas, y aun á tratarlos muy ligeramente, solo se ocupó en prevenirlo todo para que en París entrara el monarca, con el menor perjuicio para su partido, y con la mayor ventaja para su persona. A apresurar la partida de Napoleon de Rochefort aplicó el primer cuidado, por haber comprendido que mientras Napoleon se mantuviera en Francia, se mostraba en el campo de los aliados mucha desconfianza sobre la sinceridad de su abdicación, y mucha insistencia en exigir la entrega de su persona. Ahora bien, Mr. Fouché quería suprimir esta causa de desconfianza y no ser ya responsable del cautiverio de Napoleon, da-